

Europa y Rusia: ¿estamos ante una redefinición del orden continental?

Rodríguez Cuatianquiz Elisa Marisol

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales



La invasión rusa de Ucrania en 2022 no solo alteró las fronteras de un Estado soberano; alteró los supuestos fundamentales sobre los que Europa construyó su seguridad durante más de tres décadas. Desde el fin de la Guerra Fría, la Unión Europea apostó por una premisa central: la interdependencia económica produciría estabilidad política. El comercio, la energía y los mercados integrarían gradualmente a Rusia en un orden cooperativo. La guerra demostró los límites de esa apuesta.

D

urante años, Bruselas concibió a Moscú como socio energético indispensable, no como amenaza estratégica inmediata. Antes del conflicto, cerca del 40% del gas natural consumido por la Unión Europea provenía de Rusia. Esta dependencia no era vista como vulnerabilidad, sino como ancla de moderación mutua.

Sin embargo, el Kremlin entendía esa relación bajo otra lógica: la energía como instrumento de influencia geopolítica. Para Moscú, la expansión de la OTAN hacia el este simbolizó la erosión de su esfera de influencia histórica. Bajo Vladimir Putin, esa percepción se convirtió en doctrina: Rusia debía recuperar estatus de gran potencia y evitar la consolidación de un entorno estratégico hostil en su periferia inmediata. La anexión de Crimea en 2014 fue una señal. La invasión de 2022 fue una ruptura definitiva.

Hablar de una “nueva Guerra Fría” resulta tentador, pero la analogía es imperfecta. A diferencia del enfrentamiento ideológico entre bloques del siglo XX, el conflicto actual no está estructurado por dos sistemas universales en competencia. Rusia no propone un modelo alternativo coherente al liberalismo europeo; propone, más bien, un revisionismo de poder. El eje del conflicto no es ideológico, sino geopolítico.

Para Europa, el impacto ha sido profundo. La guerra obligó a revisar tres pilares de su estrategia:

Primero, la interdependencia energética se transformó en una urgencia de diversificación. La sustitución acelerada del gas ruso implicó costos económicos significativos, pero también redefinió prioridades industriales y estratégicas.

Segundo, el continente experimenta una reactivación militar inédita desde el fin de la Guerra Fría. Alemania anunció un fondo especial de defensa; Finlandia y Suecia abandonaron décadas de neutralidad para integrarse a la OTAN. La seguridad volvió al centro del proyecto europeo.

Tercero, emergió un debate renovado sobre autonomía estratégica. La guerra reafirmó el papel indispensable de Estados Unidos en la defensa europea, pero también expuso la dependencia estructural del continente respecto a Washington. La pregunta ya no es si Europa necesita capacidades propias, sino si está dispuesta a financiarlas y coordinarlas políticamente.

El verdadero dilema no es elegir entre poder blando o poder duro. Es reconocer que los valores normativos europeos —soberanía, multilateralismo, derecho internacional— requieren respaldo material para sostenerse. La guerra en Ucrania evidenció que el comercio por sí solo no disuade a una potencia revisionista.

El orden europeo posterior a 1945 se basó en la promesa de que la integración superaría la confrontación. Hoy esa promesa no ha desaparecido, pero ya no es suficiente por sí misma. La estabilidad continental dependerá de una síntesis más compleja: valores respaldados por capacidad estratégica.

Sin disuasión, los principios quedan expuestos. Sin principios, la disuasión pierde propósito.

El futuro europeo no se definirá únicamente en el campo de batalla ucraniano, sino en la capacidad del continente para redefinir su lugar en un sistema internacional cada vez más competitivo.